

Pandemónium

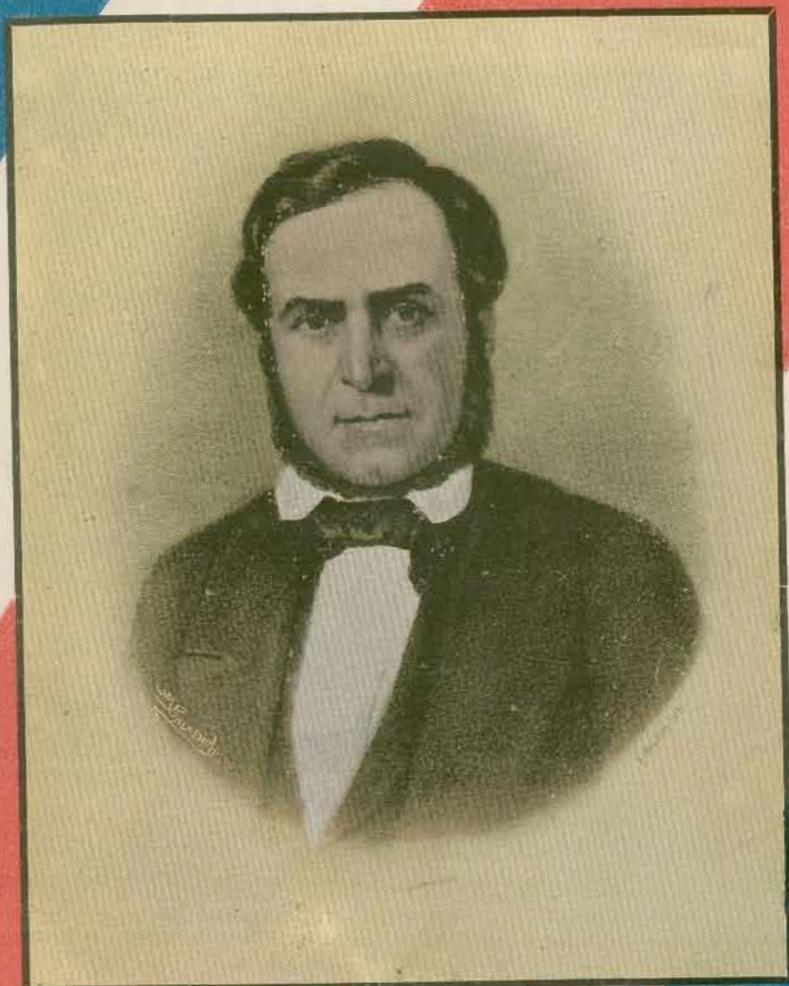
Revista Quincenal Ilustrada
de Ciencias, Letras y Artes

No. 104

10 de febrero de 1914

Año IX

Director,
Justo H. Falcó



Don JUAN RAFAEL MORA

San José de Costa Rica

Librería e Imprenta

Alsina

Horstado No. 249 • Teléfono No. 36

Precio **25** Cts

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

DIRECTOR:

JUSTO A. FACIO

EDITORES:

LIBRERÍA ALSINA & MURRAY Y CÍA.

ADMINISTRADOR:

VÍCTOR POLINARIS

CONDICIONES:

Número suelto	¢ 0-25
Suscripción por un mes	0-50
" " trimestre (adelantado)	1-25
Número atrasado	0-40
Para Centro América los mismos precios.	
Para el Extranjero,	
el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)	

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

APARTADO DE CORREOS 249

SUMARIO:

TEXTO

Fe de bautismo de D. Juan R. Mora	JOAQUÍN B. CALVO	Discurso pronunciado por el Presidente de la República en la Garita de Río Grande	JUAN R. MORA
Don Juan Rafael Mora	M. ARGÜELLO M.	Testamento de don Juan R. Mora	AUGUSTO COELLO
Páginas de Historia	JUAN R. MORA	El gesto	A. ZAMBRANA
Primera proclama del Presidente Mora a los costarricenses	JUAN R. MORA	Párrafos de un discurso	
El Presidente Mora proclama la guerra contra Walker y sus secuaces	JUAN R. MORA	El centenario de Mora	

GRABADOS

Don Juan Rafael Mora.—Doña Inés Aguilar y Coeto.—General don José Joaquín Mora.—General don José María Cañas.—William Walker.—Estatua de Juan Santamaría.—Monumento Nacional.—Busto de don Juan Rafael Mora.—Casa presidencial en tiempo de don Juan Rafael

Mora.—Casa donde nació don Juan Rafael Mora.—Casa de la hacienda Santa Rosa, en el Guanacaste.—Grupo de soldados veteranos que tomaron parte en la campaña del 56 y 57 contra los filibusteros.

Don Juan Rafael Mora

El señor don Juan Rafael Mora vió la primera luz en San José de Costa Rica, el 8 de febrero de 1814. Hijo de uno de los negociantes de mejor posición en su tiempo, hizo su carrera en el comercio y se conquistó lugar preeminente por su influencia en los negocios y por su carácter generoso y amable.

La primera vez que apareció el señor Mora figurando en la política es cuando, por la renuncia que se vió obligado a presentar el vice Presiden-

te don José María Alfaro, después de los sucesos de setiembre de 1847, recayó en él la elección para aquel puesto, declarada el 13 de noviembre del mismo año.

Ejercía el Poder don Juan Rafael Mora, como se dijo en otro lugar, cuando estalló en Alajuela una conspiración, a la cabeza de la cual aparecieron los señores don Juan Alfaro Ruiz, don Benito Rojas y don Pedro Saborío, a cuyo efecto se habían apoderado de unas armas que venían de

Puntarenas a San José. La intentona no se dirigía especialmente contra Mora; la revolución estaba preparada con anterioridad y tenía por objeto un cambio en el personal del Gobierno.

Inmediatamente el señor Mora dictó todas las disposiciones conducentes al restablecimiento del orden y destacó con tanta actividad, que al siguiente día en la tarde la ciudad fué ocupada, después de haber desalojado al enemigo de sus posiciones en Río Segundo, Los Molinos, Las Ciruelas y El Arroyo.

En la lucha pereció el Coronel don Simón Orozco, jefe de las fuerzas del Gobierno y 30 individuos más de ambas partes.

El señor Mora dispuso honras fúnebres a la memoria del señor Orozco, puso bajo la protección del Estado a su hijo unigénito don Leonidas Orozco y pensionó a su viuda y la de don Santiago Genovés, que había muerto a consecuencia de una herida en la misma campaña.

El Presidente de la República regresó inmediatamente. El señor Mora le entregó el mando y continuó en sus ocupaciones habituales.

*El Presidente y el vice Presidente no estaban de acuerdo en todos los ramos de la administración.

*El Doctor Castro y don Juan Rafael Mora no veían del mismo modo la política interior de Costa Rica, ni los asuntos centroamericanos, ni la manera de dirigir las relaciones exteriores.

*El Doctor Castro tenía un gran número de enemigos políticos; pero tenía también un poderoso círculo de amigos que con sus incantes y repetidas alabanzas lo perjudicaban.

*Mora era un comerciante que había tenido contacto con todas las clases de la sociedad; un hombre agradable por su educación y simpático por naturaleza.

*En calidad de comerciante y de introductor de mercaderías, había servido a mucha gente y contribuido a que muchos pobres se hicieran ricos.

*Perteneía a una familia extensa, ramificada y entonces muy unida.

*Mora no había concurrido a las universidades ni obtenido títulos académicos; pero tenía un talento claro y una penetración asombrosa.

*No pronunciaba extensos discursos; pero cuando tomaba la palabra en público, tocaba el corazón de los asuntos con maestría.

*El círculo del Doctor Castro veía a Mora como un poderoso competidor del Presidente y procuraba no sólo no ensalzarlo, pero ni aun hacerle la justicia estricta a que era acreedor.

*Don Juan Rafael Mora se hallaba en el poder cuando estalló la última revolución de Alajuela.

*El vice Presidente con sólo 200 hombres en un día restableció el orden.

*Sin embargo, el Congreso casi no se o upó de Mora. Todos los honores que tributaba eran al Doctor Castro.

Don Juan Rafael Mora, no por esta manera de ser tratado, sino porque no estaba de acuerdo con el Presidente en la política militante, renunció y la renuncia le fué admitida. (*)

Se procedió a la elección de vice Presidente y no habiendo obtenido ninguno de los candidatos el número de votos necesarios, según la ley, se repitió la elección, y ésta recayó en el señor don Manuel José Carazo.

La época era tempestuosa, se agitaban los ánimos y ocurrieron nuevos trastornos promovidos en Heredia y Alajuela, durante los meses de setiembre y octubre de 1849.

Pasados aquellos movimientos el señor Carazo puso su renuncia y se separó de la vice Presidencia en virtud de habersele admitido el 25 de octubre de aquel año.

Algunos días después el Doctor Castro presentó también su renuncia y le fué admitida el 16 de noviembre siguiente, encargándose del Poder Ejecutivo al Representante señor don Miguel Mora.

El mismo día 16 el Congreso declaró popularmente electo vice Presidente de la República al señor don Juan

(*) Doctor Montúfar. «Reseña histórica de Centro América»

Rafael Mora y dispuso que tan pronto regresara a la capital de donde estaba ausente, tomase posesión de su destino con la debida solemnidad, lo cual se verificó el 23 del propio mes de noviembre.

Practicadas que fueron las elecciones para Presidente de la República, don Juan Rafael Mora obtuvo nueva prueba de la estimación y alto aprecio con que le distingúan sus conciudadanos, quedando electo popularmente para el período que debía terminar el 30 de noviembre de 1853. La elección de vice Presidente, practicada un poco después, recayó en el señor don Francisco María Oreamuno.

El Gobierno del señor Mora comprende sin duda la época de mayor progreso alcanzada por Costa Rica hasta entonces, y es sin duda el período en que el movimiento general del país se ha caracterizado mejor, por su actividad en todas las esferas de la administración pública.

En memoria de esos tiempos quedan consignadas las primeras líneas del pequeño prólogo de esta obra, y en diferentes partes de ella se hacen referencias a los adelantos que promovió y llevó a término.

Gobernaba don Juan Rafael Mora cuando, a causa de los acontecimientos interiores de Nicaragua, el filibustero William Wálker, que dominaba ya en aquella República, amenazaba apoderarse de Centro América. Mora llamó a ejercer el Poder Ejecutivo al vice Presidente señor Oreamuno, como ya se dijo, y cambió las comodidades y los halagos del hogar, por las fatigas de la campaña y los desconocidos peligros de la guerra. La lucha principió y las armas de Costa Rica bajo los órdenes del señor Mora, se cubrieron de gloria desde los primeros ataques, librados dentro de su mismo territorio, de donde se desalojó inmediatamente al enemigo.

La campaña se llevaba adelante; las fuerzas costarricenses con impulso que los enemigos no pudieron resistir, habían conquistado sus posiciones y dominaban hasta Rivas, cuando a causa de haber desarrollado el cólera en Ni-

caragua y de haberse infestado aquella ciudad, el ejército tuvo que retirarse precipitadamente.

Esto ocurrió en 1856.

La campaña continuó en 1857 después de haber sufrido el país los estragos de la peste y de haber perdido en ella cerca de 10,000 habitantes.

Aquella guerra sostenida a costa de sacrificios cruentos, significaba el más noble de los esfuerzos de un pueblo, que acude en auxilio del hermano y mezcla con él su sangre en defensa de la más santa de las causas.

Los prestigios del ejército de Costa Rica se extendieron en toda la América Central, y valieron al General costarricense don José Joaquín Mora, hermano del Presidente, los honores del mando en jefe de los ejércitos centroamericanos, aliados contra Wálker.

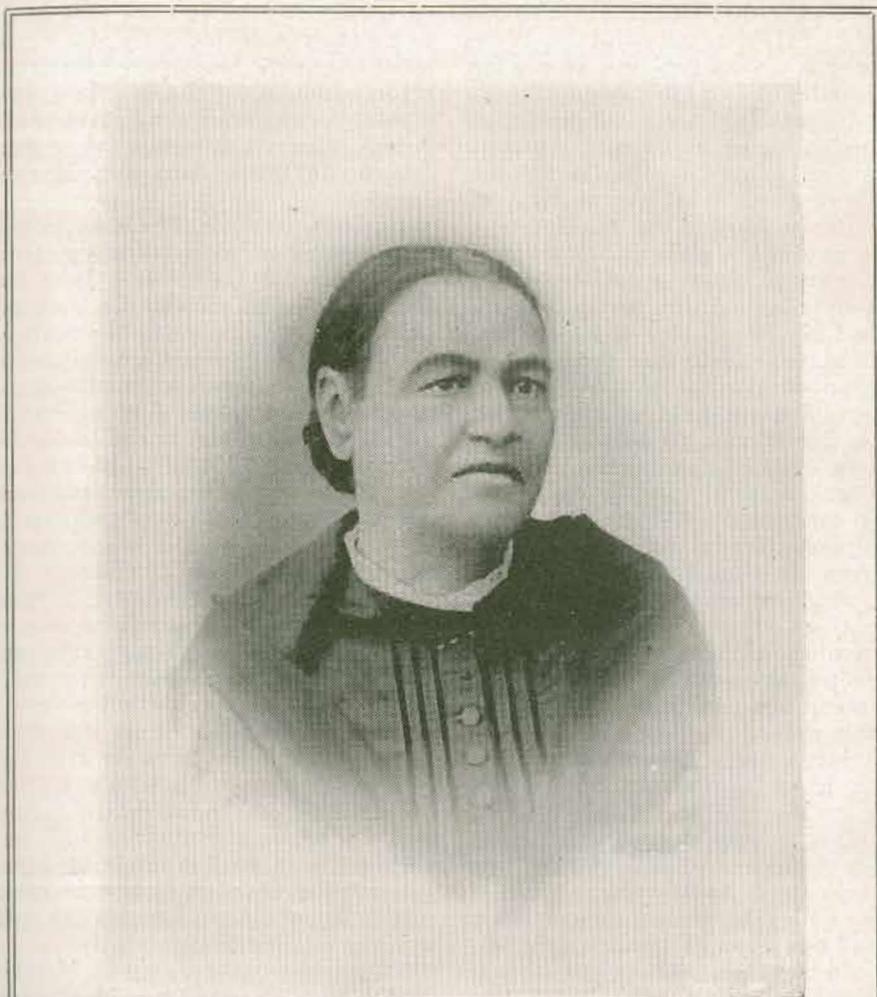
Don Juan Rafael Mora no asistió a la segunda campaña. Asuntos interiores demandaban su presencia en el país, y no estimó oportuna entonces su separación del Gobierno.

La victoria coronó los esfuerzos de los centroamericanos y aseguró la independencia de la patria común; a lograr ese grandioso fin habían contribuido en primer término los costarricenses, con su larga campaña por tierra y con la toma de los vapores filibusteros, que alimentaban por el río de San Juan y lago de Nicaragua, la tenaz resistencia de los usurpadores.

La popularidad del Presidente Mora llegó a ser tan grande, que hasta hoy no ha tenido este país ninguno otro de sus hombres públicos que haya gozado de un prestigio mayor. Pero también tenía opositores su gobierno, y más de una vez se vió precisado a tomar medidas enérgicas para sostener el orden establecido.

Causas que no es oportunidad de exponer, fueron agrupándose hasta formar un círculo respetable de oposición.

Se conspiró, y con el apoyo de los Comandantes, Generales don Lorenzo Salazar y don Máximo Blanco, el 14 de agosto de 1859, en la madrugada, fué desconocido en San José el Gobierno del señor don Juan Rafael



DOÑA INES AGUILAR Y COETO,

ilustre dama costarricense que fue esposa del Presidente Mora
y cuyas altas virtudes resplandecen como fecundo ejemplo social.

de Costa Rica, pues que pudo cosechar de sólo su finca de café de Pavas, hacienda Franfort (en donde posteriormente se firmó el célebre decreto de *Franfort* disolviendo las cámaras legislativas), siete mil quintales de ese fruto; y como comerciante, lo era tan en grande, que en ese mismo año exportaba para Inglaterra y Francia, en compañía de don Vicente Aguilar, treinta mil sacos de café. La fortuna de esa casa comercial que se titulaba «Aguilar y Mora», era tan fuerte y tan saneada, que pudo resistir sin suspender sus pagos a la catástrofe que arruinó la agricultura ese año, la caída de Luis Felipe, Rey de los Franceses, acontecimiento que produjo una baja tan desastrosa del café, que los treinta mil sacos de la compañía Mora y Aguilar fueron vendidos a catorce francos el quintal; es decir, que con ese precio no pudieron pagar ni el flete del cargamento. Comprado aquí a ocho pesos, término medio, el quintal, y agregando los gastos de exportación, etc., etc., les costaba más de diez y ocho pesos el saco de cinco arrobas. La pérdida fué, pues, de más de cuatrocientos cincuenta mil pesos oro.

Sin embargo, la casa resistió a tan terrible golpe.

El joven Juan Rafael Mora había jurado hacer las veces de padre, no sólo de sus nueve hermanos, sino aun de los hijos de esos hermanos. Por esa razón, el que estas líneas escribe, que era hijo de doña Mercedes Mora, la mayor de las hermanas, que murió a la edad temprana de 19 años, en 1843, dejando tres hijos pobres y desvalidos, pues ya eran huérfanos de padre desde 1838, fueron recogidos, alimentados y educados por el generoso joven que no se cansaba de hacer sacrificios por los suyos. Uno de esos esfuerzos sobrehumanos fué el haber resistido por mucho tiempo al invencible poder de Cupido, pues una vez estuvo enamorado y bien correspondido de una de las lindas y buenas hijas de este país, tan fértil en bellezas de esa clase; mas cumpliendo el juramento que había hecho de no casarse, para no dar una madrastra a sus protegidos, y que sólo

lo formaría una nueva familia cuando hubiera establecido a todas sus hermanas, permaneció soltero. En 1847 todos sus hijos e hijas adoptivos (con excepción de una, que era parálitica) se habían casado bien; por tal razón satisfizo ese año los impulsos de su corazón, enlazándose con la buena, instruida y entonces bella, joven doña Inés Aguilar y Coeto, hija del ex Presidente de Costa Rica don Manuel Aguilar.

En 1849, en noviembre, una conmoción popular causó la caída del Doctor Castro del Poder. Don Juan Rafael Mora, en su calidad de Vicepresidente de la República, lo sustituyó según así lo disponía la Constitución, concluyendo el período comenzado por su antecesor, y continuó en el mando por elección libre del pueblo en 1853.

En ningún período de nuestra historia hemos tenido una época tan tranquila y feliz, como la que gozamos de 1850 a 1856; año en que la guerra exterior contra Wálker, el cólera y las revoluciones inauguraron ese calvario porque ha pasado Costa Rica, y que aun continúa haciéndonos sentir sus desastrosas consecuencias, con raros y cortos lúcidos intervalos de bonanza y ventura; esto a pesar de los esfuerzos de todos los buenos hijos de esta tierra que han ocupado la silla presidencial después, casi todos más o menos bien intencionados; algunos mal servidos por la suerte y la fatalidad; otros ayudados e impulsados por la diosa casualidad, y dichosamente todos, por su amor a la patria común.

No tratamos de escribir la historia de don Juan Rafael Mora. Nos hemos propuesto trazar solamente un ligero esbozo de los rasgos más notables de su corta existencia, que servirán para la inteligencia de los artículos que en este libro coleccionamos, y que serán la cadena que enlazará unos acontecimientos con otros.

Concluiremos, pues, esta relación preliminar, haciendo recordar al lector: que después de terminada la campaña de Nicaragua, Mora se ocupó solamente en restañar las heridas nacionales, procurando aliviar a las víc-

timas de la guerra y de la peste. Su reelección para el período de 1859 a 1865, perdió a Mora e infundió ánimo en los opositores para organizar una revolución, la del 14 de agosto de 1859, con la que pusieron fin a la paternal administración de Mora.

Una ligera relación de ese atentado nos servirá de punto de partida para que el lector comprenda el encadenamiento que tienen entre sí las diferentes publicaciones hechas con el título de Páginas de Historia. Apuntes para la Historia, Secretos de la Historia, etc., etc.

Los numerosos impresos que en aquella época vieron la luz poco nos enseñan, y no merecen crédito alguno porque de ambos lados la pasión política velaba u ocultaba del todo la verdad. Tiempo es ya de entrar en las serenas estepas de lo cierto y lo inevitable. ¡Qué ganaríamos con tergiversar los hechos o disfrazarlos, ante una posteridad que no tendrá la más ligera idea de nosotros, pasajeros gusanillos fosfóricos, que apenas poseemos la luz que necesitamos para no llegar a oscuras a la fosa que guardará nuestros huesos!

14 de agosto

Era el 14 de agosto de 1859. Las cuatro de la mañana sonaban en el reloj de la Catedral. Yo dormía profundamente en mi cuarto de la Avenida 3ª Fuertes golpes en la puerta de la calle me despertaron, y una voz desconocida me llamaba y decía:—Levántese don Manuel: don Juanito el Presidente ha sido llevado preso a la Artillería.

¡Era aquello una horrible pesadilla! Así lo pensé un momento; pero luego oí pasos acelerados en la calle, gente calzada que corría y ciertos ruidos insólitos a aquella hora matinal. Me vestí y salí a la calle. La ciudad aun estaba a oscuras. En un instante me puse en casa del Presidente.

Llanto y lágrimas de la señora de

Mora, doña Inés, y de los niños. Allí supe cómo el militar Sotero Rodríguez, al frente de una escolta, se había presentado a las 3½ de la mañana y había hecho despertar al señor Mora, diciéndole que había un desorden en el cuartel de Artillería, y que sólo su presencia podía calmarlo. Don Juan Rafael Mora no sospechó ni un solo momento que Rodríguez lo engañara. Apenas se puso unos pantalones, y en mangas de camisa salió al salón para hablar con el mensajero de desgracias. Se acercó a él pidiéndole informes, y éste le puso la mano en el hombro y quiso arrastrarlo hacia la calle, ayudado por unos soldados. En ese momento se acercó a Mora un sirviente español que le era muy adicto y le llevó un revólver, empuñando otro de seis tiros con la mano derecha. Mas, cuando vió la violencia que se hacía a su patrón, apuntó al artero militar con ánimo de matarlo; pero éste le gritó que si disparaba el arma o se acercaba a Mora, harían fuego sobre él. El Presidente, temeroso de que sacrificaran a su fiel servidor, le ordenó que se mantuviera quieto. Arrastrando y maltratando a su jefe, lo condujo Rodríguez a la Artillería, en donde lo esperaba el jefe de la sublevación que en esos momentos se consumaba. Era éste el entonces Coronel Lorenzo Salazar, comandante de plaza de San José, secundado por el Mayor Máximo Blanco, jefe del Cuartel Principal. Desde que Mora fué encerrado en un calabozo del Cuartel, el Coronel Salazar, puñal en mano, lo amenazaba poniéndole la punta en el pecho y asegurándole que si alguna fuerza armada o el pueblo ensayaba su salvación, se le inmolaría sin misericordia, pues, dada la situación respectiva de los autores de aquel atentado, tenían que jugar la vida del uno o de los otros.

A las seis de la mañana fuí yo también arrestado en el mismo cuartel. En uno de esos calabozos estaba, cuando los oficiales Rosario Gutiérrez y Luis Pacheco me propusieron la contrarrevolución.

Más tarde fuimos trasladados al

Palacio Nacional, en donde permanecimos dos días, el Presidente en su antiguo despacho, y yo en el salón del Ministro de Relaciones Exterio-



DON JOSE JOAQUIN MORA.

General en Jefe de las tropas centroamericanas en la campaña contra los filibusteros

res, junto con el ex-Vicepresidente don Rafael Escalante.

Después que se nos notificó nuestro destino, que era el destierro indefinido, fuimos puestos en comunicación, y centenares de personas nos visitaron; pero siempre en presencia de algún jefe militar.

El 16 se nos hizo salir escoltados por el Coronel Blanco (militar colombiano al servicio de Costa Rica), quien, a la cabeza de cien soldados y diez oficiales, nos acompañó hasta Puntarenas.

En ese puerto nos reunimos con los generales don José Joaquín Mora y don José María Cañas.

El 19 se nos condujo a bordo del vapor *Guatemala*, que hacía viajes periódicos hasta San José de Guatemala.

Don Juan Rafael Mora siguió para San Salvador, donde fué magnífica-

mente recibido por el Presidente don Gerardo Barrios, quien le hizo ofertas de auxilio con tropas y dinero para que volviera a Costa Rica. El General Cañas y yo entramos en León de Nicaragua, de donde aquel pasó a San Salvador. Barrios recibió a Cañas como a un hermano, y lo nombró comandante en jefe del ejército salvadoreño; por ese motivo, Cañas hizo ir su familia a San Salvador y residió allí hasta que la fatalidad nos trajo a Puntarenas en 1860.

Mora volvió en el mismo vapor *Guatemala* y yo retorné a Corinto, donde nos reunimos para continuar juntos el viaje a Nueva York. Nos acompañaba don Crisanto Medina (padre).

En Panamá se nos recibió muy bien, principalmente por Mr. Nelson, el



GRAL. DON JOSE MARIA CAÑAS.

héroe de la Campaña Nacional y fiel compañero del Presidente Mora en la guerra y en la paz.

Superintendente del ferrocarril del Istmo. Se nos obsequió con pasajes libres a los tres, dándonos el privilegio de hacer uso del ferrocarril y de cualquier vapor perteneciente a la

Pacific Mail, tanto en la línea Colón-Nueva York, como en la de Panamá-San Francisco de California.

El 13 de setiembre desembarcamos en la Metrópoli Americana. Nos hos-

ria relato lo más interesante de nuestro paso por los Estados Unidos.

* * *



WILLIAM WALKER,

jefe de las hordas filibusteras

pedamos en el hotel San Nicolás, donde nos fatigaron los reporters de los periódicos. La revolución consumada en San José el 14 de agosto, con todos sus detalles, la hicieron conocer al público americano varios diarios, entre otros, el *World*, el *Herald*, etc., etcétera.

En mi artículo *Secretos de la Histo-*

Don Juan Rafael Mora volvió al Salvador en diciembre y se dedicó a cultivar en grande el café, industria enteramente desconocida en ese país en aquella fecha. También hizo grandes plantaciones de tabaco, mejorando el sistema de beneficio; que allí encontró muy primitivo.

El General Cañas, en su destino de jefe del ejército, se hizo inmensamente popular. En el Salvador tenían muchos motivos para hacer de Cañas un semidiós. Lo primero, porque él nació en Suchitoto, y era por consiguiente salvadoreño; segundo, por su gloriosa campaña de año y medio contra Wálker en Nicaragua; tercero, porque habiendo militado con Morazán, se le tenía como una hechura de ese jefe adorado; y finalmente, porque el viejo Cañas era verdaderamente simpático y digno del general aprecio; generoso, valiente, pródigo y amigo del género humano.

Más de seiscientas personas siguieron a los proscritos costarricenses; así es que el motín del 14 de agosto fué una gran fortuna para la República del Salvador, porque obligó a muchos de los nuestros a trasladar sus familias, sus capitales y sus industrias a esa hospitalaria nación.

Manuel Arguello Mora

(Del libro *Páginas de Historia*)

Primera proclama del Presidente Mora a los costarricenses, denunciando los peligros del filibusterismo

«El Presidente de la República de Costa Rica, a todos sus habitantes.

«Costarricenses:

«La paz, esa paz venturosa que,

unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada.

«Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión americana, no encontrando ya donde hoy están con qué saciar su voracidad, proyectan invadir a Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia.

«¿Necesitaré pintaros los terribles males que de aguardar fríamente tan bárbara invasión pueden resultaros?

«No; vosotros los comprendéis; vosotros sabéis bien qué puede esperarse de esa horda de aventureros apóstatas de su patria; vosotros conocéis vuestro deber.

«Alerta, pues, costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas, pero preparad vuestras armas.

«Yo velo por vosotros, bien convencido, de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos os reuniréis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional.

«Aquí no encontrarán jamás los invasores, partido, espías ni traidores. ¡Ay del nacional o extranjero que intente seducir la inocencia, fomentar discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos, verdaderos hermanos resueltos irrevocablemente a defender la patria como a la santa madre de todo cuanto aman, y a exterminar hasta el último de sus enemigos».

Juan Rafael Mora

San José, noviembre 20 de 1855».

El Presidente Mora

proclama la guerra contra Wálker y sus secuaces

COMPATRIOTAS:

«A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa Falange impía que la ha reducido a la más oprobiosa esclavitud. Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos.

«Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos. Su causa es nuestra causa. Los que hoy los vilipendian, roban y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas. Corramos a romper las de nuestros hermanos y a exterminar hasta el último de sus verdugos.

«No vamos a lidiar por un pedazo de tierra: no por adquirir efímeros poderes; no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos. No, vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos de

la más inicua tiranía: vamos a ayudarlos en la obra fecunda de su regeneración, vamos a decirles: Hermanos de Nicaragua, levantaos; aniquilad a vuestros opresores. Aquí venimos a pelear a vuestro lado por vuestra libertad, por vuestra patria. Unión, nicaragüenses, unión. Inmólad para siempre vuestros enconos; no más partidos, no más discordias fratricidas. Paz, justicia y libertad para todos. Guerra sólo a los filibusteros.

«A la lid pues, costarricenses. Yo marchó al frente del ejército nacional. Yo, que me regocijó al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamar mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

«Vuestras madres, esposas, hermanos e hijos os animan. Sus patrióticas virtudes os harán invencibles. Al pelear por la salvación de vuestros hermanos, combatiremos también por

ellos, por su honor, por su existencia, por nuestra patria idolatrada, y la independencia hispano-americana.

«Todos los leales hijos de Guatemala, el Salvador y Honduras, marchan sobre esa horda de bandidos. Nuestra causa es santa, el triunfo es

seguro. Dios nos dará la victoria, y con ella la paz, la concordia, la libertad y la unión de la gran familia centro-americana.

Juan Rafael Mora

San José, marzo 1º de 1856».

Discurso pronunciado por el Presidente de la República

en la Garita del Río Grande, en el acto de encontrar las tropas costarricenses al regreso de Nicaragua, el día 12 de mayo de 1857

«Soldados: vengo a recibiros con el orgullo y el amor con que un padre vuelve a ver a sus hijos vencedores.

«Cien veces he querido marchar a vuestro lado, pero sagrados deberes para con la República y aun más para con vosotros, que sois su potente escudo, me han detenido.

«Yo he velado sin cesar por vuestra suerte; he pensado, he soñado con vosotros; he padecido al figurarme vuestros padecimientos y peligros; me he colmado de júbilo con vuestras acciones y lleno de fe he esperado siempre el triunfo, contento con vuestra perseverancia y dignos caudillos, con la santidad de la causa centroamericana y la visible protección divina.

«Sed bienvenidos a esta patria idolatrada que tanto os debe y que, yo os lo prometo, sabrá recompensar vuestros servicios. Volved al lado de vuestras caras familias, que os esperan con lágrimas de alegría, al lado del Jefe que os admira, a quien habéis

sostenido para honor y salvación de Centro América, desde el triunfo ejemplar de Santa Rosa hasta conquistar en Rivas la última decisiva victoria.

«Trocad el fusil por vuestro arado, pero conservadle siempre dispuesto para defender la ley, la concordia nacional, que es nuestra fuerza, y la patria centroamericana. Reconocimiento a nuestros dignos aliados y a los que desde aquí han cooperado a vuestro sostén. Perdón y hospitalidad generosa a los vencidos. Veneración sagrada a los mártires de nuestra libertad.

«Abrazando a vuestro General os abrazo a todos con viva emoción y os repito:

«Sed bienvenidos, hijos los más ilustres de Costa Rica, para ser perpetuamente, como hasta hoy, en paz y en guerra, ejemplo de honradez y patriotismo!»

Juan R. Mora

Anúnciese Ud. en PANDEMÓNIUM, que es la Revista de más aceptación por ser la de mayor circulación en todo el país.

Testamento de don Juan Rafael Mora, anterior a su nombramiento de Presidente de la República

En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Yo, Juan R. Mora, de treinta y cuatro años de edad y de este vecindario, hijo legítimo de don Camilo Mora y de doña Ana Benita Porras, ya difuntos, hallándome sano y en mi entero juicio, ordeno mi testamento en la forma siguiente:

1º Declaro que soy Católico, Apostólico, Romano, en cuya religión he vivido y muero gustoso, esperando en la Misericordia de Jesucristo que me perdonará mis pecados.

2º Quiero que mi entierro sea decente pero sin fausto ni ostentación, a disposición de mis Albaceas.

3º Declaro que soy casado y velado con la señora doña Inés Aguilar, de diez y nueve años de edad, de oficios domésticos y de este vecindario.

4º Quiero que mi indicada esposa sea la Tutora legítima de nuestros hijos (si los hubiere) y usando del derecho que me concede la ley, le nombro por Asociado al señor don José María Cañas, mi hermano político, comerciante, hijo del Estado del Salvador y de cuarenta y cuatro años de edad, sin cuya asistencia no podrá la Tutriz ejercer acto alguno relativo a la Tutela.

5º Declaro por mis bienes propios, las Haciendas de café que poseo en las Pavas, una hacienda de ganado en el Barrio nombrado Los Ojos de Agua, un potrero en esta ciudad y varias casas; los documentos en que se apoya mi propiedad quedan en mis armarios.

6º Declaro que me deben varias cantidades de consideración y cuyos documentos quedan en poder de don Prudencio Rivas, mi Agente, lo mismo que los libros de cuentas corrientes, y en fin en ellos constan las cantidades que debo y que me deben, se-

gún el balance que hice en los meses de junio y julio del corriente año, en cuyo balance aparecen inventariados todos mis bienes en fincas de agricultura, casas, etc.

7º Declaro que en el balance a que me refiero constan mis deudas activas y pasivas.

8º Declaro que yo introduje al matrimonio un capital libre como de ciento veinte mil pesos, en haciendas casas y dinero en giro, pues las que poseo actualmente las tenía al tiempo que celebré mi dicho matrimonio.

9º Declaro que dí a mi mujer, como arras, el valor de mil novecientos pesos en alhajas de oro, perlas y brillantes y le hice donación de cuarenta y siete onzas de oro y cuatrocientos veinte y un pesos en piezas de ropa.

10º Instituyo por heredera a mi esposa Inés Aguilar, en las tres cuartas partes de mis bienes.

11º La cuarta parte que reservo de mis bienes será repartida en proporciones iguales, entre mis hermanos Miguel, José Joaquín, Ana María, Eleodora, Rosa, Guadalupe y Virginia Mora.

12º Las dos terceras partes de mi quinto serán distribuidas entre mis sobrinos, Manuel, David y Dorila Argüello, en proporciones iguales y a ellos se les dará la educación que sea posible.

13º Nombro por mi Albacea a mi ya dicha esposa Inés Aguilar, y en su falta al señor don José María Cañas, mi hermano político, comerciante y vecino de esta ciudad, dándole las facultades que el derecho le permite, y por el presente revoco y anulo todos los testamentos y demás disposiciones testamentarias que antes de ahora hubiere formulado por escrito o de palabra, y quiero que ninguno valga sino éste mi testamento. Declaro que

nunca he testado, y por tanto si apareciere otro es nulo y de ningún valor, y no se tenga por mío.

14º (Suprimida en esta copia.)

15º Declaro que si hubiere duda en el concepto de mis cláusulas testamentarias, se interpreten en favor de mi Esposa Inés Aguilar y de mis hermanos, quienes cuidarán y educarán a mis sobrinos Argüello.—Así lo otorgo y firmo en San José a los siete días del mes de agosto de mil ochocientos cuarenta y ocho.

Juan R. Mora

Testigo de haberlo visto firmar,

Juan J. Borbón

Testigo de haberlo visto firmar,
Prudencio Rivas

Este testamento está escrito de puño y letra de don Juan Raf. Mora; en el papel que le servía de cubierta hay un sello que dice: «Estado Libre de Costa Rica» y otro «Sello 3º vale dos reales»—y la siguiente razón:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la ciudad de San José, a las once de la mañana del día cinco de agosto de mil ochocientos cuarenta y ocho. Ante mí, Benito Dengo, Alcalde 1º Constitucional y los testigos S. S. Saturnino Tinoco, Alonso Gutiérrez, Francisco Gutiérrez, Manuel Castro Araya, Juan Pablo Fernández, José Francisco Rojas,

Félix Gregorio Castro, Mantel Cañas y Manuel Vargas, todos mayores de edad, agricultores, comerciantes, de este vecindario, dijo el señor don Juan Raf. Mora, de edad de treinta y cuatro años, comerciante, agricultor y del mismo vecindario, alentado y en su sano juicio: que era católico, apostólico, romano, en cuya Religión había vivido y moría gustoso, esperando en la Misericordia de Jesucristo que le perdonaría sus pecados, y para estar preparado había ordenado su testamento en este Cuaderno Cerrado que me entregó para este acto ante todos los testigos que vieron, oyeron y entendieron al Testador: que en él institua herederos, hacía legados, nombraba Albaceas y disponía de todo: que quiere subsista de esta manera el resto de su vida y después de su muerte se abra y publique con la solemnidad legal; y que revoca y anula por él todos los testamentos y disposiciones testamentarias que haya hecho de palabra ó por escrito, para que ninguno valga sino solo este Testamento, que quiere se tenga por su última voluntad. Leído que le fué a presencia de los testigos, espresó que estaba escrito conforme era su voluntad y firmó conmigo y los testigos. Benito Dengo, Juan R. Mora, Alonso Gutiérrez, Saturnino Tinoco, Francisco Gutiérrez, Manuel Castro Araya, Juan Pablo Fernández, J. Francisco Rojas, Félix G. Castro, Manuel Cañas, José Manuel Vargas.

El gesto

(Fragmento del libro «Mora»)

Fué el legendario duelo de Goliath. También en esta vez salió triunfante la piedra de David, porque estaban condensados en ella la Justicia de Dios y el Derecho de los Hombres, que no perecen nunca, aún cuando a veces parezcan aplastados por la masa brutal de los gigantes. También en esta

vez el gesto del pastor determinó la salvación de un pueblo. Y es ese gesto el que ha quedado meyetático en el bronce de la historia como un perfil de luz para Centro América.

Perfil de luz bastante para disipar muchas sombras: sombras caliginosas de traición amontonadas en torvas



ESTATUA DE JUAN SANTAMARIA,
inaugurada en 1892, en la Plaza de su nombre, en la ciudad de Alajuela.



MONUMENTO NACIONAL.

que conmemora la guerra heroica de 1856 y 1857
en defensa de la soberanía de Centro América. Fue solemnemente inaugurado en 1895.

conciencias; sombras de miedo que han hecho temblar nuestro corazón cuando hemos oído el nuevo trotar del bucanero en marcha; sombras de vergüenza al contemplar los hijos de los héroes vendiendo por un puñado de oro las llaves de la patria... Perfil de luz bastante que parezca iniciar una aurora y que nos haga olvidar las pesadillas trágicas de la noche imperante, para no ver en el horizonte enano sino el gesto redivivo del prócer, todavía con aliento suficiente para removerse en sus cenizas y marcar desde la tumba el rumbo del honor!

* * *

Pocas voluntades han podido moldearse, en lucha con el infortunio, como la del patricio salvador de la patria. Educado y fortalecido en la escuela del trabajo, su paso por el poder público significa una serie de luchas contra las fuerzas ciegas del Destino, como si fueran una preparación inicial para la lucha posterior contra los hombres, a veces más fatales y más ciegos que el Destino mismo.

Ya en 1848 aparece la silueta del caudillo de hombres, asumiendo el poder supremo del Estado durante la insurrección histórica de Alajuela. Desde entonces principia a tomar temple el acero; su proclama militar de esa fecha insinúa ya la figura de un conductor de victorias: «Costarricenses: enorgullecido de vuestro valor, yo, en nombre de la patria que habéis salvado, os doy gracias. Todos habéis mostrado ser dignos hijos del suelo en que nacisteis». Dentro de la pompa de las proclamas napoleónicas, el héroe de la voluntad germinaba.

La tierra misma, en espasmos de rebeldía, pareció poner fragua al temple de su carácter. San José sintió las desgarraduras de un terremoto. El varón ecuaníme y sereno permaneció de pie, firme y tranquilo, sobre las trepidaciones mismas del suelo que vacilaba. Y acudió solícito a poner unguento de piedad sobre las heridas de la ciudad doliente.

El Señor parecía probar la virtud

del Héroe, como la paciencia del varón bíblico. Y pústulas malignas, úlceras de viruela mortal, consumían las carnes del pueblo lacerado, como si fuera un nuevo Job marcado por el dedo de Jeová. Vuelos asoladores de langostas ponían sudario sobre las ópimas cosechas y asomaba en los cortijos antes florecientes el fantasma lívido del hambre. Era como si hubiesen reaparecido sobre el haz de la tierra las siete plagas de los tiempos faraónicos.

Sólo un momento pareció flaquear la contextura moral del Héroe: ante sus gestos de Quijote, la conspiración fermentaba sorda y laboriosa en el estómago de Sancho. También Jesús, «en el pavor del huerto», tembló en su deleznable naturaleza humana cuando sintió de cerca el próximo contacto de los hombres. Mora renunció el poder sobre el cual graznaban los cuervos y abandonó la Presidencia de la República: el Congreso no aceptó la abdicación del prócer y le ofreció todo su apoyo para asegurar la paz y el orden del Estado. En 1853 aparece con nueva elección del pueblo costarricense y se manifiesta con la energía y la voluntad de los hombres de acción. El Héroe se había formado, y el drama se cuajaba en el horizonte.

Pavoroso rumor, como de torrente despeñado, se avecinaba desde las regiones del Norte. Era la conquista de los aventureros rubios: era la invasión del filibusterismo audaz, que resucitaba las hazañas de los piratas de Sir Drake. Nicaragua había caído bajo la doble red de la fuerza y del engaño: entonces—ay! como ahora!—las pasiones criollas y el odio aborigen de las tribus fueron ancho campo para la entrada gloriosa del conquistador. Entonces—como ahora—el brazo del hermano contra el hermano formó el arco triunfal por donde pasó glorificado el enemigo extranjero...

* * *

Rafael Carrera en Guatemala, dentro de la más profunda noche de la teocracia, gobernaba al pueblo con los mismos procedimientos con que había

manejado sus pjaras de marranos en las llanuras de Mita. En El Salvador, el pueblo amado de Morazán, dormía aletargada la memoria del Mártir y se proyectaba, tétrica y envilecedora, la sombra del Porquero presidencial. Prolongada siniestramente hasta Honduras, acababa de lanzar de la Presidencia a Cabañas, a aquella «flor y nata» del patriotismo, «caballero sin tacha y sin reproche», a quien sus mismos enemigos declaraban «el hombre más honrado de las cinco repúblicas de Centro América». En Nicaragua aullaban los partidos en lucha, empeñados en una sangrienta guerra fratricida...

Así entró Walker en suelo centro americano, entre los repiques de las campanas liberales de Chinandega, como años más tarde sus herederos galoneados, los bucaneros de la marina americana, entrarían a Managua entre los acordes marciales de las músicas conservadoras. Así, también como en aquella época, entre la pasividad o el miedo de los otros gobiernos, que vieron con indiferencia ciega el primer paso de la conquista. Sólo que en esta vez ya tú estabas muerto, ¡Oh Padre y Benemérito! y la sombra ha sido una sola desde las márgenes del Suchiate hasta las riberas yanquizadas del Sixola. Y si tus huesos no se han removido, de dolor o de ira santa, es porque debe haber sido muy honda la fosa que te cavó la ingratitude y muy pesada la tierra que te echaron para ahogar tu grito hasta en la eternidad...!

*
* *

Sólo el Héroe no dormía entre la sombra. Nubes de tempestad se cuajaban sobre el horizonte tenebroso. El suelo costarricense había temblado ya bajo el sordo trepidar de la falange conquistadora. Pero el Héroe velaba... Y oíd como vibraban los sonoros clarines de su alerta:

—«Costarricenses: La paz, esa paz venturosa que, unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada...

...«Yo debo velar por vosotros, bien convencido de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos os reunireis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional...»

Después...? ¿Quién no conoce ese drama doloroso en que un pueblo—como Dios—fué crucificado por sus propios hijos? ¿Quién no ha sentido en el corazón, leyendo la historia infortunada, aquella implacable sentencia de Henningsen sobre las ruinas de Granada, que ahora parecen escritas más indeleblemente sobre la ruina moral de todo un pueblo: «Aquí fué!» ¿Quién no ha llorado sobre los infortunios de los hermanos asesinados o esclavizados y aun sobre la memoria de los mismos traidores que purgaron su crimen? Esa historia es una lección; pero, como casi todas las de la vida, una lección estéril.

Sólo un hombre se puso de pie ante el desastre. Por eso fué el Héroe. Sólo por eso merece la consagración. Otros lucharon, otros también se incorporaron galvanizados por el ejemplo de la voluntad erguida, otros murieron. Pero el Héroe fué quien se enfrentó primero ante el alud, sin medir nunca fuerzas ni peligros. Era un pigmeo; estaba solo; no tenía ni armas, ni dinero, ni hombres; pero su honda estaba cargada con una Convicción y una Justicia, y Goliath tuvo que caer ante el aliento milagroso del pastor...

¿Para qué narrar la epopeya? Desgraciado el centroamericano que no la conozca.—«A las armas! Marchemos a Nicaragua... Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos. . Paz, Justicia y Libertad para todos... Nuestra causa es santa... Quiero compartir con vosotros el peligro y la gloria...» Desde ese momento la pluma no puede escribir en consonancia con el poema heroico. Los capítulos son de sangre y de humo y de pólvora y de muerte y de gloria. Se llaman Santa Rosa, Rivas, San Jorge, La Virgen, El Castillo... ¿Habrà algún centroamericano menguado que no cante esas estrofas dentro de su corazón? Escritas por la espada y por la bayoneta, en el

fragor de santos combates, ¿qué puede la pluma degenerada sino romperse frente a la majestad de la obra redentora?

Porque son otros los tiempos y otros los hombres. Mercurio impera sobre Marte. Don Quijote ha sido desterrado, porque Sancho manda en absoluto sobre la Insula Barataria. ¿Qué pode-

mos hacer,—oh! Benemérito!, sino dirigirte la oración que es compendio de todas las ansias y de todas las súplicas? «Padre Nuestro, que estás en los cielos...»

Augusto C. Coello

Para el Centenario. 1917.



BUSTO DE DON JUAN RAFAEL MORA,
erigido en el Cementerio General de San José.
Este busto es obra del artista costarricense
don Juan Ramón Bonilla.

Párrafos de un discurso

del Doctor don Antonio Zambrana
pronunciado en la noche del 1.º de mayo de 1895,
en el salón del Congreso Nacional

SEÑORAS Y SEÑORES:

El 1.º de Mayo es un símbolo indeleble en la historia de Centro América, un día marcado con luz en los fastos de Costa Rica. En ese día quedó virtualmente terminada la campaña de la independencia centro-americana, por más que la obstinación insolente del invasor extranjero hubiera de atraer sobre su cabeza el castigo harto merecido de 1860. El día 1.º de Mayo de 1857 salía de Rivas para volar por todas partes, lanzada por cierto por una mano costarricense, la buena nueva de la victoria decisiva, y es imposible que no recordéis con júbilo inmenso y con sentimiento de legítimo orgullo el acontecimiento memorable. Por lo que en aquellos días se hizo, por la sangre por vuestros padres vertida, por su indiferencia hacia la muerte, por ellos heroicamente desafiada, por privaciones y dolores cuyo recuerdo hace palidecer, por su ingente ánimo, por su empeño vigoroso, por su resolución inquebrantable, por el pecho firme que opusieron, como muro no tomado, al paso del conquistador, sois ahora un pueblo, una sociedad que vive por sí, un grupo humano que tiene personalidad y nombre propio: suerte envidiada por otros sin ventura, destino en realidad grande y hermoso. No fué aquella una de esas guerras que llenan con su estrépito el mundo, notable por los grandes ejércitos que pelean, por el lago de sangre que dejan a su paso; no hay en ella nombres como Austerlitz y Marengo, o como Solferino o Sadowa; recuerda, empero, otras que tienen página más brillante y leída en el libro de la Historia que

todas las campañas Napoleónicas, las hazañas de las diminutas repúblicas Griegas cuando fueron asaltadas por el Asia: vosotros tenéis vuestro Maratón y vuestra Salamina, tenéis un recuerdo nacional glorioso que hace pensar en el desfiladero de las Termópilas. ¿Qué importa, en realidad, el número de los combatientes y el fragor de las armas? Para fijar el valor humano del suceso, lo que hay que establecer es el carácter de la lucha, la causa de la pugna, las virtudes de los que combatieron, el resultado que pendía de la victoria. Lucha de menor tamaño fué la de los Horacios y Curiacios, que ha inmortalizado la Historia; luchas análogas en el tamaño a la vuestra son las que dibujó en mármol indestructible el estilo de Homero. Soldados fueron los vuestros de la libertad y la justicia; la falange de la patria; el regimiento que bastó para afirmar en América la independencia de nuestra sangre, el derecho de posesión de nuestra familia, un grupo, sí, pero un grupo de leones; día es este que conmemoramos en que, por lo mismo, debeis traer ante el pensamiento la imagen de aquellos soldados humildes, de aquellos próceres modestos, de aquella democracia sin oropeles, de aquellas costumbres sin vicio, de aquel heroísmo sin arrogancia, de aquel pueblo sencillo valiente, laborioso y honrado,—oportunidad, escenario y personal del drama patético y solemne, que dejó, en su desenlace, alta y bordada de laurel vuestra bandera, limpio de extraña opresión el patrio suelo, cimentada entre vosotros la tradición gloriosa de que la tempestad de la guerra barriendo o incendiando los

hogares, la casa sin hijos, la colmena sin abejas, los pensiles sin flores, los pequeñuelos huérfanos, las doncellas sin novio, la madre anciana sin amparo, el veneno de la peste unido a la segur de la batalla, el campo abandonado, la cosecha perdida, la semilla seca y aventada, el hospital lleno de enfermos, la llanura llena de tumbas, los sobrevivientes inválidos o heridos, el ahorro gastado, la caja de la Nación vacía, los caminos sin componer, el taller cerrado, la escuela sin maestros y sin discípulos;—la tradición gloriosa de que el desastre y la muerte, el suicidio de un pueblo, toda desgracia sin excepción es preferible a la vileza del extranjero despotismo.

Como amigo de Costa Rica y como devoto de los ideales excelsos que alumbran la marcha de la Historia, entiendo que es buena obra la de señalar las grandes líneas que marcan el cuadro de los sucesos a que me refiero, para que obtengamos juntos las lecciones que de su contemplación resultan. ¡Y cómo no habría de ser provechoso retemplar el alma en aquella fuente pura de democracia sincera, de heroísmo altivo y de patriotismo fervoroso! Creo que volviendo la vista hacia aquellos tiempos y hacia aquellos hombres, experimentareis, como yo, la delicia que suele gozarse,—y aun este placer es más intenso, elevado y fecundo,—la delicia que se goza ante los grandes monumentos del arte y ante los grandes espectáculos de la Naturaleza, porque los prodigios de las artes del dibujo, los restos de los templos clásicos, los mármoles de un Miguel Angel o de un Canova, las pinturas de un Rafael o de un Correggio y aun los poemas de un Milton o de un Goethe, la música misma de un Beethoven, la Aurora que atraviesa con rayo de oro el velo de sombras de la noche, o el mar moviendo las gigantescas olas hasta romperlas en la orilla, producen goces menos grandiosos y menos sugestivos que la realización de lo bello y de lo sublime hecha a través de la miseria humana, en el oleaje de la Historia, que la encarnación de lo ideal en la realidad, que la

transfiguración de los egoísmos, de las cobardías y de las concupiscencias que forman el espectáculo ordinario de la vida, en las abnegaciones generosas, en los hermosos atrevimientos, en los nobles martirios; que si lo bello siempre eleva, no hay hermosura que se equipare en lo eficaz y lo trascendente a la moral belleza, no hay trozo de piedra convertido en estatua soberbia que pueda compararse a la colonia Norte-Americana alcanzando la potencia más alta de su expresión en las virtudes de un Washington, a la colonia Hispano-Americana levantándose hasta la altura de un Bolívar; no hay página de catecismo, ni prédica elocuente, ni horizonte dilatado, ni levante de estrella, ni milagro de arte que fortifique y restaure las fuerzas de la voluntad para el bien, como la contemplación en la vida, de un hombre o de un pueblo que atraviesa la calle de la Amargura llevando sobre los agobiados hombros la cruz de su héroe, voluntario sacrificio; de una generación que se abre las venas para librar a su descendencia del yugo de la esclavitud; de una sociedad humana que azotada por el infortunio se lanza intrépida, como la de vuestros padres, a las cimas del patriotismo y del valor; mansa, humilde y plebeya hasta el día antes, se viste la armadura del adalid y se calza la espuela de la caballería; pacífica hasta entonces, corre al encuentro de la muerte; holgada, se familiariza con la miseria; de vida luenga, robusta y bien entretenida, desata sobre su cabeza la podredumbre y el estrago de la peste; de manos usadas a manejar sólo la azada y el arado, empuña la clava, y sin cansancio, sin vacilación y sin miedo sube, a la postre, a la cúspide de la victoria, y aparece ahora, en el panorama de las tradiciones, en la perspectiva del recuerdo, rodeada de los signos que atestiguan la grandeza de su condición: rota en sus manos la tajante espada, desgarrado el traje, pálido y manchado de pólvora el rostro varonil, deshilachada a lo largo del asta la bandera querida; pero caída a sus plantas la cadena que se había forjado para

43

ella, altiva y fulgurante la mirada, vestida con los esplendores de la gloria y sellada sobre la frente con la marca que el martirio por la libertad coloca en las sienas de los redentores, escribiendo con su sangre, en las páginas de la Historia, la sentencia de Tácito: no hay fuerza extraña capaz de reducir a servidumbre las naciones; son la cobardía y el menguado carácter de los pueblos lo que lo sujetan a la mutilación y a la ignominia, a la degradación y el atropello, a la miseria y a las vergüenzas de la tiranía.

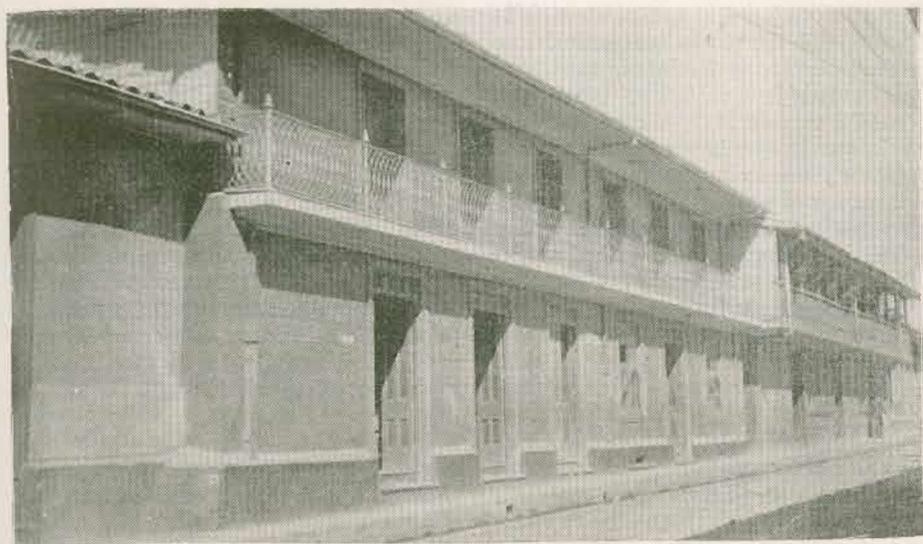
Victoria inmensa, por más que no todos quieran verlo; vuelvo a esta idea, porque es la capital de mi discurso. No escasean los que la miran como insignificante; no falta quien como desventajosa la contemp'le. No es inaudito que el entusiasmo por ciertos progresos, la admiración merecida a que llevan ciertas aptitudes de otras razas, inspiren algo como la deserción cobarde de la propia, la renuncia de sus glorias, la desconsideración de sus grandezas, la apreciación parcialmente adversa de sus hazañas y de sus fatigas en la historia. Ni deja de haber quien tenga a menos todo movimiento de simpatía y de adhesión a lo que no se traduce en inmediatas ventajas materiales. Porque siento y pienso de muy diverso modo, estoy aquí abusando de vuestra indulgencia. Sí, yo pienso, por lo contrario, que la indiferencia y el excepticismo podrán ser de buen tono, pero son al mismo tiempo, síntomas evidentes de una enfermedad moral desastrosa que consiste en que todo ideal se apague en la conciencia, todo entusiasmo noble se enfríe, todo impulso artístico se malogre, todo valor se abata, y seamos al cabo como piara de bestias y como rebaño de siervos, por añadidura. Yo no me asusto de que hubiera discordias y localismos en la guerra centroamericana y no suscribo por eso la tesis absoluta de la incapacidad política y social de Centro América; porque con la historia en la mano, estoy dispuesto a demostrar que esas son desdichas humanas que en las más

grandes ocasiones y en las naciones más ilustres han acaecido, y que no indican mal alguno irremediable, ni son motivos de desesperación definitiva. Yo no me siento impulsado a reírme de vuestra guerra, por pequeña, como no se siente impulsado ningún suizo a reírse de las pequeñas campañas que forman la historia de su independencia nacional. Yo no considero que la guerra de 1856 ha de tenerse por cosa baladí, gloriosa sólo, como algunos dicen, para el intrépido Walker y para los aventureros que con él pelearon. Yo estoy, por lo contrario, impaciente de que se recojan los datos preciosos que aun existen, y que pueden perderse, y de que se escriba el libro que falta «Costa Rica en la campaña contra el filibustero» que será de grande enseñanza y de gloria indiscutible para el país. Yo estoy seguro de que muchos que desdeñan estos sucesos no hubieran sabido caer como el Capitán Quirós en Santa Rosa, diciendo, con sus últimas palabras a los que lo seguían: «entren ustedes»; no hubieran peleado a pecho descubierto el 11 de abril atravesando las calles de Rivas en que la lluvia de las balas semejava un tupido aguacero, no hubieran demostrado la impavidez sublime de aquellos héroes del combate naval con el «Granada», marinos de guerra improvisados que combatían con el agua y con el enemigo en un barco devorado por el incendio; no hubieran ido sobre las balsas que se deshacían y los botes que se volcaban a apoderarse de los vapores en el Atlántico después de derrotar a los que estaban en el camino de su empresa; yo no conozco en las grandes guerras y en los países famosos títulos de mejor derecho que los de vuestros héroes a la gratitud de los propios, al respeto de los extraños y a la inmortalidad de la historia. Yo no admito que haya en las anécdotas legendarias de un Guillermo Tell, que han dado tema a los poetas más nobles del mundo, mayores elementos de grandeza épica que otros que en vuestra campaña puede encontrar la Musa de la historia; yo no estoy dispuesto a ser cómplice del

desdén injusto con que suelen mirarnos europeos y norteamericanos, explicable, con frecuencia, por su profunda ignorancia acerca de nuestra vida y nuestra historia. Lo que la experiencia proclama es que gente sin costumbre de pelear, sin noción práctica de la guerra, es fácilmente derrotada por los que están familiarizados con el fusil y con la pólvora; que en todas partes unos cuantos soldados ponen en fuga a una multitud por el simple efecto del uniforme y de la disciplina, y que para los bisoños costarricenses, aquellos americanos rifleros con quienes iban a encontrarse, debían asumir los caracteres de verdaderos dragones mitológicos, que hubiera sido natural y justificable que les inspiraran un terror invencible; lo que nos cuenta la tradición es que, con no pocos motivos para el error, aquí se creía al declarar la guerra que ésta podía ser en el tondo contra un enemigo apoyado en secreto por la inmensa fuerza de la federación norteamericana y que fué audacia casi sobrehumana alistarse en esas condiciones para la pelea; lo que nos cuenta la tradición es que no pelearon sólo los vuestros, como han solido hacerlo los héroes de las grandes resistencias populares, defendiendo la casa y la familia, en la patria pequeña, sino que fuisteis a tierra extraña, para defender la patria grande; que el *cólera* cayó sobre vosotros sin apagar vuestro ardimiento; que en vuestra sencilla y compacta democracia la guerra no fué pretexto de tiranías, ni manto de peculados ni origen de trastornos; lo que la conciencia dice es que hubiera equivalido a una castración ignominiosa para nuestra raza el dejar romper sus títulos de posesión en América, el dejarse explotar y suprimir a la manera de la raza primitiva; lo que la filosofía de la historia recuerda es que el triunfo de aquella piratería hubiera producido el desconcierto incurable del derecho de gentes en este continente espléndido, teatro entonces para lo futuro de la rapiña y el asalto. Pero he indicado ya,—e insisto ahora en ello,—consecuencia más grave para la derrota.

Confieso que dudaba mucho, que tenía por mal averiguado antes del estudio hondo que ha inspirado esta conferencia, que fuera Walker un agente de los esclavistas, pero aseguro asimismo, que nadie que estudie el asunto puede abrigar la menor duda en la materia.

Ahora bien, señores, ¿habrá tema más interesante para el historiador, motivo de mayor contemplación para el filósofo, de mayor inspiración para el poeta, que este de que os hablo? La esclavitud del negro, y más tarde, por la fuerza de gravedad de los sucesos, por la pendiente y el declive natural de los humanos extravíos,—más tarde, probablemente, la esclavitud del chino y la esclavitud del indígena, extendiéndose como una úlcera colosal, una gangrena pestilente, por estas tierras, las más bellas del planeta, el látigo de la servidumbre y el gemido de la víctima sonando más en nuestros bosques que sus árboles y sus aguas, la explotación de una riqueza infame, constituyendo aquí, con la esclavitud política que había de ser su inseparable compañera, el régimen de la vida pública y privada, una barbarie nueva con timbres y colores de civilización, espaciándose, como resurrecto imperio romano por estas democracias nacientes e inexpertas, que tropiezan, que caen, pero que marchan de seguro a la conquista del derecho y a la realización de los más altos ideales; y por contragolpe, por el efecto de una avalancha irresistible de moral miseria, por la podredumbre del aire, por el contagio inevitable, la federación norteamericana convertida en un gran bazar de esclavos y en una gran factoría de comercio; la cuna de Washington, la patria de Franklin, la tierra de Jefferson y Hamilton, la nación de Lincoln, por el triunfo del esclavismo, para quien quiera que sea lógico, por la victoria de los planes de Walker inexcusable, corrompida hasta el hueso, entregada, sin defensa posible, al monstruo de la esclavocracia, que, sin que Walker venciera, sin que sus planes se coronaran con el éxito, estuvo a punto de triunfar, resistió con



Casa presidencial en tiempo de don Juan Rafael Mora
y que este presidente ocupó durante todo su período de Gobierno.
Está situada en la Avenida 2ª, 50 varas al O. de la esquina N. O. del Parque Central.



Casa donde nació don Juan Rafael Mora, el 8 de febrero de 1814.
Está situada en la esquina diagonal a la puerta N. O. del Parque Central,
y la ocupa en la actualidad la conocida casa de Leiva y Cía. (antiguamente Alfaro y Cía.)

gigantescas convulsiones el asalto del abolicionismo; que no fué vencido sin estremecimientos de terremoto, sin crugido semejante al que produciría la ruptura del territorio norteamericano en dos porciones distintas, mediante una catástrofe geológica, pero que merced a una serie de victorias de las que la que hoy conmemoramos es factor y antecedente, hundióse para siempre en el polvo; para que pudieran repetirse, a pleno pulmón y con la frente enhiesta aquellas palabras,—Patria y Libertad,—que las espadas de Wáshington y Bolívar hicieron resonar con entusiasmo, de tierra en tierra, de un extremo a otro, en todo el continente americano.

Tengo placer en declarar, como hombre que no ha adulado una sola vez en su vida a un hombre ni a un pueblo, que fué singularmente bello vuestro papel en la campaña; que disteis las victorias más cumplidas y los héroes más altos al común esfuerzo; que vuestro Cañas es una figura seductora, que recuerda al Hoche de los franceses y al Sucre de los sudamericanos; que vuestro José Joaquín Mora, si no famoso por grandes talentos militares, que no había tenido oportunidad de cultivar, lució condiciones distingui-

dísimas de inteligencia y de carácter, capaces de llevarlo con prestigio, y con prestigio conservarlo desde su nombramiento hasta los últimos días de la guerra, al frente de todo el ejército centroamericano; que vuestro Presidente de entonces, el ínclito don Juan Rafael Mora, se destaca en medio de las crisis, como símbolo perfecto de aquella democracia purísima, como centinela desvelado de la patria, como guardador integérrimo de la confianza en él por vuestro pueblo depositada, como Magistrado modelo de los que llevan el timón con previsora prudencia, si la mar está quieta, y con arrojo obstinado, si los vientos hierven y se alborota el océano; que fué, ya lo dije, pero me complazco en repetirlo, símbolo cabal,—y no cabe elogio más envidiable y merecido,—de aquella Costa Rica sufrida, resuelta, heroica, generosa, que si ni en aquella época, ni ahora, gusta de arrebatos líricos para expresar la fraternidad centroamericana, dió en aquel momento extraordinario, como ha dado en otros muy recientes, testimonio bien elocuente de sentirla; un símbolo cuyos merecimientos claman por alguno de la gratitud pública en que se ostente su memoria.

El centenario de Mora

En fin de cuentas, resultó verdadero lo que el pesimismo de nuestro director hubo de prever con respecto al centenario de don Juan Rafael Mora; es decir, que nada podía hacerse para celebrar esa histórica fecha si el Gobierno de la República no se encargaba de iniciar y organizar el movimiento en sus diferentes manifestaciones. Así ha sucedido, en verdad, no obstante los fieros arrechuchos de patriotería vocinglera con que por ciertos patriotas de ombígo fueron recibidas las dolorosas predicciones del señor Facio, que sólo se propuso sa-

car de su incuria lamentable a los caballeros que más obligación tenían de preparar esta apoteosis,—la cual ha de ser, todo en uno, acto de gratitud para con el héroe y acto de reparación para con el mártir.

Por lo visto, el Gobierno esperaba que la gestión particular se compactase y se tradujese en acuerdos de posible realización, que él seguramente habría secundado. Prueba de que por esa consideración justa se hallaba detenido es que no fué sino a última hora cuando, hartos sin duda de las vanas e inútiles divagaciones particu-

lares, se decidió a suplir con su acción vigorosa la desidia o la impotencia del público. Lo sensible es que, tomada por el Gobierno esa resolución salvadora, ha sido forzoso aplazar para fines de mes la celebración del centenario, por ser corto el tiempo que para llevar a cabo los preparativos quedaba.

No faltará todavía quien saque a cuento el número de Mr. Tercé como contribución particular a la fiesta del centenario; pero esto viene a ser un recurso, como quien dice, traído por los cabellos; porque es cosa sabida que antes del accidente, muy lamentable, sin duda, ocurrido al simpático aviador, nadie había pensado en promover la organización de tales festejos.

Emocionada la sociedad por el trágico accidente, ricos y pobres se apresuraron a depositar su óbolo para reunir la suma destinada a reponerle a Mr. Tercé el aeroplano arruinado: fué ese el movimiento de simpatía emocional que experimentan siempre las multitudes en presencia de una catástrofe; en nuestro caso, que es el de un pueblo primitivo y superficial, la emoción debía traducirse, como se tradujo, en un rasgo generoso y, como tal, representativo de simpatía sincera y profunda.

Lo que con Mr. Tercé ha ocurrido es, pues, un fenómeno de psicología, perfectamente natural y explicable, que en el lenguaje usual y corriente suele llamarse también *novelista*. Esa misma multitud, así emocionada ante la catástrofe de Tercé, permanece repantigada en los almohadones de su egoísmo incommovible, sin un solo estremecimiento de simpatía, ante los desgraciados, no desconocidos para ella, que, mordidos por la boca de todas las necesidades, se retuercen en el inmundito estercolero de Job.

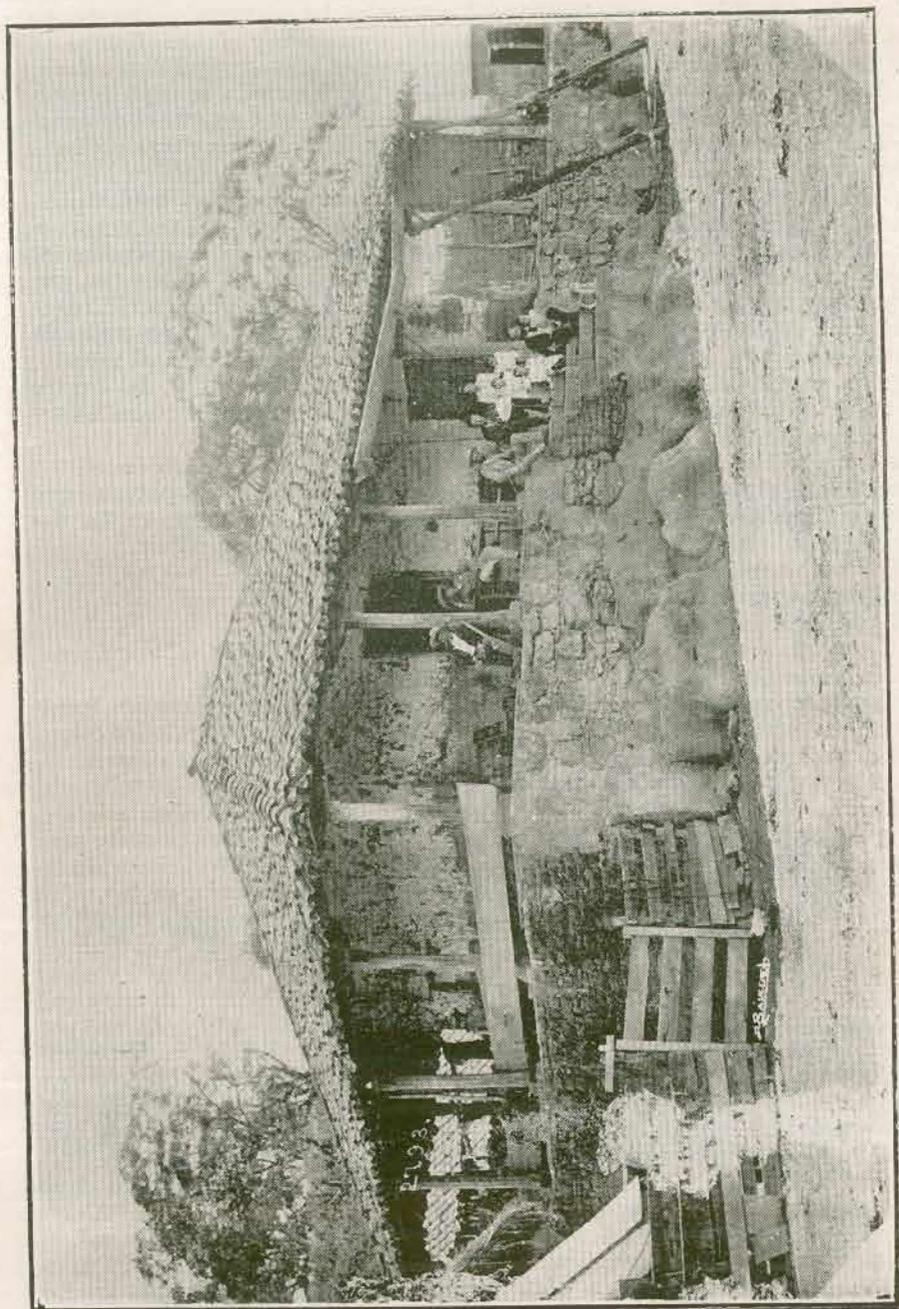
Aceptemos, pues, el caso singular de Mr. Tercé como un fenómeno de psicología colectiva, bien explicable de suyo, mayormente en un pueblo joven; pero no se nos vengán otra vez los patriotas de ombligo con la zaramoja infantil de que la sociedad quería reponerle el aeroplano a Mr. Tercé

movida por el pensamiento patriótico de aportar un número de aviación a los festejos del centenario. Esa es una salida especiosa y falsa. Estaba ya muy crecida la colecta pública a favor de Mr. Tercé cuando se cayó bonitamente en la cuenta de que el centenario, ya próximo, venía como anillo al dedo para que el simpático aviador luciera una vez más sus habilidades.

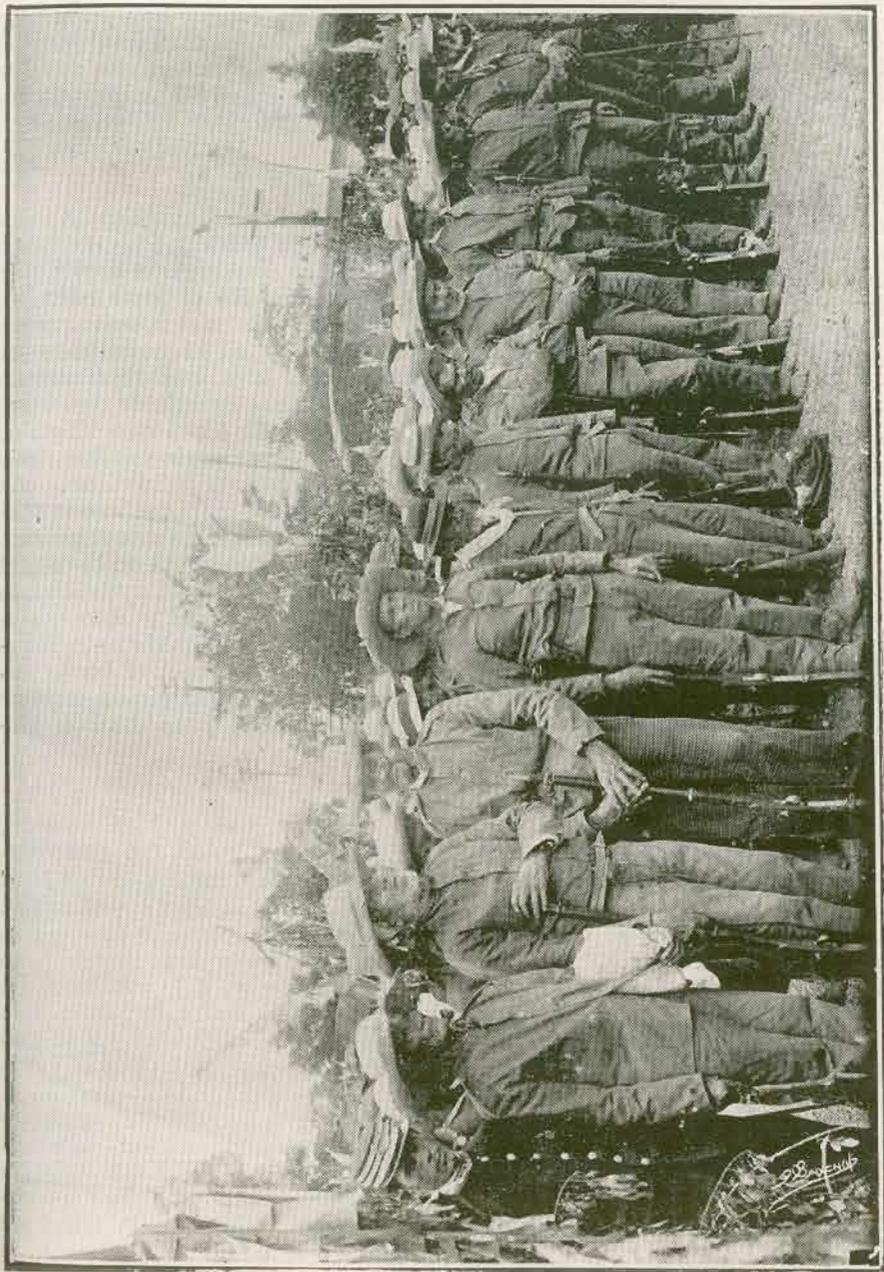
De cualquier modo que sea, regocijémonos porque, aunque en día posterior a la fecha exacta del centenario, que se cumplió el 8 de febrero corriente, es decir, antier, al fin y a la postre ha de celebrarse el advenimiento al mundo, ocurrido ahora cien años, del ilustre prócer costarricense, en quien no sabemos qué admirar más,—si el valor cívico del ciudadano a todo resuelto o la clarividencia lúcida del patriota que leía la amenaza de muerte en las oscuridades torvas del porvenir.

* * *

Las líneas anteriores sólo serán como el preámbulo de esta sección. En ella daremos cuenta a nuestros lectores de lo que Gobierno y público calculan hacer para celebrar el centenario,—lo que a punto fijo no se sabe aún en qué fecha ha de suceder: ello depende del tiempo que se necesite para efectuar los preparativos indispensables y, según se anuncia, de lo que se demore en llegar el vapor a cuyo bordo viene el avión por la munificencia pública destinado a Mr. Tercé y en el cual éste debe ejecutar el número que le corresponde. No hay todavía, por consiguiente, un programa de regocijos que como tal pueda considerarse desde ahora. Los informes que aquí damos no han de tomarse, por lo tanto, como expresión de los números que constituirán el programa a cuyo tenor se celebren en su día las fiestas del centenario. Dedicado a esa solemnidad el presente número de PANDEMÓNIUM, nosotros querríamos anotar en él cuanto el sentimiento público piensa o concibe como parte del homenaje, encendido en fuego patriótico, que la gratitud nacional debe ren-



Casa de la Hacienda Santa Rosa, en el Guanacaste, donde el ejército de Costa Rica infligió la primera derrota al invasor, el 20 de marzo de 1856. Hoy pertenece esta propiedad al Dr. Barrios.



Grupo de soldados veteranos que tomaron parte en la campaña del 56 y del 57 contra los filibusteros.

dir en ese día memorable al épico salvador de la autonomía centroamericana.

* * *

El Gobierno de la República dispuso organizar una Exposición Histórica del Centenario con el fin de reunir en ella cuantos objetos se relacionen con la epopeya gloriosa del 56 y del 57 y con el caudillo benemérito que inició la resistencia al invasor. La Exposición deberá llevarse a cabo en los salones del Congreso Nacional. Fueron escogidos don Anastasio Alfaro, don Modesto Martínez y don Eduardo Calsamiglia para formar la comisión encargada de recoger, reunir y disponer en forma conveniente los objetos que deben exhibirse. La Exposición Histórica será sin duda uno de los números más interesantes del centenario.

* * *

El Gobierno se propone también organizar una procesión cívica formada por los individuos de los supremos poderes, por el cuerpo diplomático y consular, por el alto clero, por los funcionarios públicos de elevada categoría, por la Corte de Justicia Centroamericana, por corporaciones y gremios particulares, por los veteranos de la campaña nacional, etc., etc. Ordenada al pie del monumento del 56, la procesión desfilará solemnemente hacia el cementerio; allí será inaugurado el busto con que se corona el mausoleo, obra del cariño filial, en donde definitivamente reposarán los restos mortales del prócer. El señor Presidente de la República pronunciará un discurso en aquel acto solemne.

* * *

La colonia centroamericana se propone ofrecer al insigne patricio un homenaje de la gratitud que también ella le debe como a defensor de la patria grande, y con tal fin hubo de celebrar en estos días una reunión formada por considerable número de ciudadanos procedentes de las otras repúblicas. Aún no se ha escogido la

forma en que nuestros hermanos de allende el Sapoá contribuirán a honrar la memoria del libertador; pero se ha hablado de colocar una placa conmemorativa en el edificio donde el viejo presidente abrió los ojos a la luz purísima que hace del trópico un incendio de gloria.

* * *

La Unión de las Repúblicas Americanas tiene en Washington un edificio grandioso costeadado por el espléndido Mr. Carnegie. En el gran salón de ese edificio veréis tantos bustos como repúblicas hay en el continente de Colón. Costa Rica está representada allí por la figura egregia de don Juan Rafael Mora. El busto que ahora se yergue en el cementerio josefino, bajo bóveda.—la bóveda azul—que, con ser tan vasta, no empequeñece la personalidad del héroe, es una reproducción en bronce de ese que en la capital de la gran república está simbolizando el gesto puntilloso del pueblo costarricense contra el imperialismo invasor. Otro dato honroso: el busto admirable es obra del inspirado escultor costarricense don Juan Ramón Bonilla.

* * *

El lote, extenso y bien situado, donde se alza el busto, fué generosamente donado a la familia de don Juan Rafael Mora por la Junta de Caridad de San José, que con ello se confiesa vinculada por lazos de gratitud, como todo costarricense, a la memoria del héroe que hizo nacer la patria a la conciencia de su dignidad y a la gloria de que con más razón puede enorgullecerse un pueblo. Por su parte, el Gobierno de la República, que, como representante de la nación, sabe a lo que está obligado en esta señaladísima circunstancia, ha contribuido a la erección del monumento con la mitad de la suma a que asciende su costo.

* * *

Antes de partir la procesión y al pie del monumento del 56, los supervi-

vientes de aquella lucha formidable serán condecorados con una medalla alusiva al acontecimiento histórico con motivo del cual se encontrarán allí, como símbolo de la patria heroica que, conducida por su animoso gobernante, supo burlar, de una vez para siempre, las pretensiones criminales del audaz esclavista.

* *

Se dice también que a la vuelta del cementerio se llevará a cabo en la Plaza de la Artillería una parada militar en que tomarán parte el Batallón Independencia, *de élite*, y las tropas ordinarias de guarnición. Estará encargado de dirigir una arenga a las tropas el Coronel Calsamiglia, tan bizarro militar como poeta de vuelo firme y de humorismo picante.

* *

La Información, en número reciente, insinúa que el Ateneo de Costa Rica debe tomar parte en las fiestas del centenario, ya que fué este centro el primero en acordar disposiciones encaminadas a la celebración de esa solemnidad histórica. Porque el iniciador de la idea fué el Licdo. don Cleto González Víquez; sólo que a su iniciativa, lanzada en lo más rudo del movimiento eleccionario, le atribuyeron cálculo político algunos suspicaces, y por este motivo sin fundamento ella fué tácitamente desechada. El Ateneo hizo suya entonces la idea, y no se contentó con esto, sino que, asimismo, dispuso promover una suscripción pública en todo Centro América para costearle un monumento al defensor de la autonomía centroamericana. Para llevar a cabo las dos ideas el Ateneo nombró una comisión, de la que fué Presidente el señor don Enrique Jiménez Núñez, Ministro de Fomento, con encargo de formular un programa que, presentado por ella en su oportunidad, fué aprobado y adoptado por el Ateneo en todas sus partes. Para que quede constancia de la gestión entablada por ese centro en honor de don Juan Rafael Mora, nos

parece justo insertar aquí el programa a que hacemos referencia; helo aquí:

ATENEOS DE COSTA RICA

Sesión del 29 de agosto de 1913

Fué definitivamente aprobado el proyecto presentado por la Comisión respectiva para la celebración del centenario de don Juan Mora, como sigue:

1º—Colocar el 8 de febrero la primera piedra para el monumento del héroe.

2º—Dar a la publicidad un libro histórico, en el cual se juzgará al prócer de la autonomía nacional centroamericana, desde los puntos de vista militar y filosófico; debiendo prestar su concurso para ese libro las demás Repúblicas de Centro América, cuyos archivos serán consultados.

3º—Nombrar comisiones en cada una de las cinco Repúblicas para que se haga la debida consulta en dichos archivos.

4º—Abrir un certamen a fin de premiar la mejor oda que en cualquier parte de Centro América se escriba sobre el héroe don Juan Rafael Mora. El concurso quedará cerrado el 1º de diciembre próximo.

5º—Obsequiar con un medallón de oro conmemorativo a cada una de las Municipalidades de Centro América.

6º—Premiar el mejor himno que se escriba y que lleve por título: «Los héroes del 56».

7º—Poner en circulación sellos de correo y tarjetas postales, en conmemoración del Centenario, y con su producto atender en parte a los gastos que demanden los festejos, siendo entendido que todo Centro América deberá ayudar a esas fiestas patrias.

8º—Que el Ateneo asista en cuerpo a la inauguración del busto que la familia del héroe va a colocar en su tumba, haciendo todo lo que esté de su parte con el fin de que ese acto resulte lo más solemne posible.

9º—Mandar tirar una gran cantidad de retratos de don Juan Rafael Mora, en tamaño grande, para que sean distribuidos profusamente, y solicitar del

Ministerio de Instrucción Pública que, al ser entregados a las escuelas, se celebre el acto, en cada una, con una fiesta patriótica.

Quedó nombrada la Gran Comisión encargada de cumplir en todas sus partes el proyecto indicado y, además, de dar todos los pasos necesarios para hacer una colecta centroamericana con el objeto de erigir el monumento. La comisión se compone de las siguientes personas:

Don Cleto González Víquez, Presidente.
—Don Manuel J. Jiménez.—Don Ernesto Martin.—Don Enrique Jiménez Núñez.—
Don J. Fidel Tristán.—Don Manuel Aragón.—Don A. Alvarado Quirós.—Don Anastasio Alfaro.—Don F. Montero Barrantes.—Don Gerardo Matamoros.—Don Saturnino Meda.—Don Angel M^a Bocanegra.—Don Manuel Castro Ramírez.—Don Daniel Gutiérrez Navas.—Don Tobías Zúñiga Montúfar.—Don Manuel Argüello de Vars.—Don Elias Leiva.

Adoptado el programa que precede, la Directiva de aquel centro organizó un comité compuesto de muy respetables personas, encabezado nada menos que por un expresidente de la República, el Licdo. don Cleto González Víquez, siempre dispuesto a secundar toda idea patriótica, todo proyecto que entrañe beneficio u honra para la comunidad. Pero, por motivos que no debemos recordar ahora, el comité, aunque bien animado, sin duda, no pudo cumplir con el encargo patriótico que se le hizo, y la iniciativa del Ateneo cayó dolorosamente en el limbo de lo informe. Justa nos parece, por lo tanto, la insinuación del periódico aludido para que el Ateneo preste su concurso en las fiestas del centenario. Pero es preciso recordar que la docta corporación se halla ahora en receso y que no será sino en marzo entrante cuando reanude sus labores corrientes. Dado que ya no hay motivo para empeñarse en que la festividad histórica se celebre a fines de febrero, muy puesto en razón encontramos nosotros que el Gobierno

dejara esa celebración para el mes de marzo. Así también podrían utilizarse las escuelas públicas para organizar con ellas un número que sería por todo extremo interesante en el programa de regocijos,—sin hacer cuenta que la participación de los niños en la apoteosis vendría a tener una resonancia de profunda fuerza educativa en el alma nacional.

*
* *

Escritas las líneas anteriores, leemos en un periódico de la localidad que el Gobierno ha decidido no señalar día para la celebración de la apoteosis sino hasta el entrante mes de marzo. Esa resolución se imponía, entre otras razones, por virtud de lo atrasados que andan los preparativos para hacer que la fiesta resulte grandiosa y, por consiguiente, digna de su objeto, mil veces glorioso. Comprendemos, por de contado, que el gobierno actual quiera ser él quien honre la memoria veneranda del prócer con motivo de su centenario; pero, a no ser por esta justa consideración, lo más cuerdo sería aplazar esa festividad para el mes de setiembre que viene, ya que de aquí a entonces podrían prepararse con todo amor los números que la estrechez del tiempo no permite efectuar hoy por hoy y que, sin embargo, contribuirían grandemente a la solemnidad del patriótico regocijo. Entonces, por ejemplo, el centenario podría llegar a ser una solemnidad centroamericana, como en todo rigor debe ser, gracias a la concurrencia de los representantes que los otros estados de Centro América seguramente enviarían a invitación de nuestro Gobierno. La limitación que, como fiesta puramente *lica*, sufrirá ahora el centenario, hará perder al acontecimiento el valor representativo que tiene por la influencia decisivamente salvadora que el gesto heroico de don Juan Rafael Mora hubo de ejercer en la vida y los destinos de la América Central.